



EN ORBITA

Todo lo que nos hace sentir orgullosos de la especie humana.

MÚSICA LECTURA CINE Y VIDEO ESTILOS DE VIDA ARTES COLOMBIOLOGÍA

Canal Señal Colombia, Estreno 6:45 p.m. Repetición: 10:00 p.m. Día siguiente: 12:15 p.m.
Señal Radio Colombia, 5:30 pm
Señal Radiorica, 9-10 am



UN ESCRITOR CASI INEXISTENTE

Jue 27, Feb 2014

Dario Rodríguez / @etinEspartaego



Acercamiento a los libros y a la singular personalidad del escritor argentino J. P. Zooley, quien ha optado por huir de las entrevistas, la celebridad y la vida pública al punto de que nadie lo conoce ni lo ha visto nunca. El siguiente texto es un pequeño homenaje a este caso único en nuestra literatura reciente, a esta sombra que escribe novelas, a este fantasma.

El mito del pavorreal

Se supone que para adquirir condiciones de escritor en nuestros días deben realizarse monerías ajenas a la literatura y se debe recurrir al escudo del vendedor infalible. No basta terminar –entre malestares, éxtasis, cuentas por pagar– la novela, el libro de relatos o de crónicas. En medio del periodismo cultural, de los grandes pulpos editoriales y de las dirigencias de festivales literarios corre, se arrastra cual áspid, una convicción propia de los manager musicales, los gerentes de abarroterías y demás mercaderes: si quieres tener muchos lectores, si deseas que tu libro se venda cuantosamente, es tu obligación ser guapa o guapo, sonreír superando a la top model más tierna, prestar o regalar tu rostro despampanante a cualquier marca de automóviles, relojes, detergentes o bolígrafos bajo intenciones publicitarias. En una palabra: mostrarte. Antes de enseñar el producto (libro, texto) los escritores tienen que exhibirse. Está casi aceptado dentro de esa normalidad mercantil a veces tomada como absoluto literario: es bueno y loable escribir, anhelar incluso destinos inmersos en las letras, pero solo llegarás a la cúspide si eres atractivo o atractiva, si obtienes a granel seguidores enfermizos; pobre de ti si tu cara y cuerpo no llaman la atención, pues tendrás que pavonearte como un freak sobre suplementos culturales de los periódicos y escenarios mediáticos. Los consumidores deben recordar algún rasgo particular de tu fisonomía (lleva un bastón, píntate el pelo de fucsia o violeta, adórnate con capas, sombreros y otras raras vestimentas). Saber qué te entristece, cuántos hijos tienes y cuáles son tus vicios favoritos les brindará más confianza a los compradores y, solo entonces, leerán lo que escribes.

Suele creerse durante los días que corren en el escritor como pavorreal, un ave con vuelo corto condicionada para desparramar su brillante plumaje y así, algún día, tal vez, poner huevos y empollar.

Por fortuna, la literatura misma engendra autores fuera de lugar quienes no solo rebaten el mito del pavorreal, sino que además aplastan las apariencias triunfalistas de lo literario hasta devolverle su cariz correcto: el del brillo de la palabra, la complejidad, el esplendor de lo escrito por encima de ventas millonarias, pasarelas de la moda y comportamientos de estrella pop.

J. P. Zooley es uno de esos autores.

De puertas para afuera

J. P. Zooley. El nombre del narrador de los libros firmados por J. P. Zooley. Como se dice en Cratilo de Platón, el nombre marca los derroteros del vivir, el nombre asigna, da vida. J. P. Zooley es, asimismo, el seudónimo enigmático para un escritor cuya personalidad exterior va más allá de lo críptico: ni siquiera se alcanzan a adivinar semblantes posibles del hombre que se protege y se oculta tras, debajo de esa denominación.

Se saben algunos datos, casi todos evasivos. Es argentino, publica con sellos independientes, llegó en bicicleta a cierta entrevista para la *Revista Énie* durante 2012 (algo por sí insólito en un individuo que cuenta con los dedos de la mano cuántas entrevistas ha brindado, y le sobran bastantes dedos). No se conocen fotografías de su rostro. Nunca nadie lo ha visto en público. Consigue darse lujos desconcertantes, por ejemplo, jamás haber presentado ponencias en esas ferias u hogueras de las vanidades que los entendidos llaman por tranquilidad “congresos literarios”; es difícil, aún imposible, que asista a los lanzamientos de sus libros –si acaso las editoriales se arriesgasen a organizar este tipo de equívocas eventualidades en su nombre o por su causa.

Llevando la absoluta contraria a cualquier escritor actual, no se lo observa en ningún medio de comunicación, ni redacta columnas periodísticas en las cuales pide la paz mundial. Habita el más sigiloso y cuidado anonimato porque sabe, de seguro, que sus libros están por encima de contingencias personales, que la obra –en su caso– vale más que el anecdótico personal con el cual acostumbraban quedarse los admiradores y lectores de segunda mano. Al cazador y coleccionista de chismes literarios debe resultar decepcionante, incluso hasta antipático, este individuo escondido en el nombre J. P. Zooley.

Al igual que sus ilustres antecesores en el arte del ocultamiento, J. D. Salinger, Thomas Pynchon, Zooley no deja ver quién es con afán de que se lean sus libros, de que no se detengan los despistados lectores (larvados por la publicidad) en las vicisitudes personales del autor para que puedan asumir mejor las novelas que escribe.

No se trata de un capricho. La imagen externa afecta la manera en que algunos autores son leídos. El narrador peruano Julio Ramón Ribeyro recuerda en *Prosas apátridas* cómo su percepción de las novelas escritas

CREACIÓN COLECTIVA

CANAL DE VIDEOS

AUDIOS

GALERIAS

INFOGRAFIAS

RECOMENDADOS

BLOGS

EMISIONES T.V.

Blogueros



Santiago Rivas



Sofía Arrieta



Una Geek



Luis Daniel Vega



Daniel Bonilla



Dario Rodríguez



Nadia González Bautista Ana María Montenegro

RELACIONADOS

Tomás González: primero está el silencio



A pesar de su fama de ermitaño, Tomás González accedió a conversar con el...

Ver mas...

Vicente Molina Foix: Un "invitado amargo" al Hay Festival



Los desdoblamientos creativos de Vicente Molina Foix, un escritor que ha...

Ver mas...

David Szalay: Londres y el sudeste



Tres son las novelas publicadas por David Szalay, joven promesa de la...

Ver mas...

por Balzac cambió de medio a medio cuando observó una fotografía del francés. Lo imaginaba "magro, elegante, enfermizo y metafísico", y al contemplarlo maduro, tal vez envejecido, su sentido cambió, se iluminó. "Cada escritor tiene la cara de su obra", remata.

La imaginación de los lectores alcanza a lastrarse si se enteran o si descubren excesivos pormenores de quienes escriben. No tardarán en iniciar pesquisas biográficas ("¿Qué tanto de esto que estoy leyendo habrá vivido el autor en carne propia?") o en dar dictámenes prejuiciosos ("Si escribe acerca de una madre posesiva y de una suicida debe ser porque sigue enamorado de su madre y porque su hermana se suicidó"). Ciertas hermenéuticas de los lectores contemporáneos no están viciadas solo por el inmediatezismo audiovisual, además lucen patéticos moralismos religiosos, políticos y estéticos. Las consideraciones y la recepción de las novelas escritas por J. P. Zooley serían sin duda injustas si el argentino accediera a correr las cortinas de su vida real y las ofendiera a los públicos.

Él, mejor que nadie, sabe algo ya aprendido en el célebre (y terrible) cuento de Julio Cortázar *Las ménades*: los espectadores terminan comiéndose vivos a esos artistas a quienes aplauden. Y no descansarán en su pretendida admiración hasta arrancarles la piel y destrozarlos.

Aire adentro

Sus tres libros publicados hasta ahora han recorrido un camino de difusión comprensible en alguien a quien no le interesa figurar: de la editorial modesta a la casi espectacular edición española independiente y un regreso a su país originario en formato electrónico gratuito. El primero, *Sol artificial* (2009), fue elogiado por críticos respetables como Beatriz Sarlo (lo lanzó la editorial Paradiso: desde luego, no se consigue en librerías colombianas). El segundo, *Los electrocutados* (2011), ha sido un insospechado éxito de ventas debido a su inclusión dentro del catálogo de Alpha Decay, puntal de los jóvenes sellos independientes en español. El seguimiento a dos hermanos, Dizze y Oidas Mucho (sí, esos son sus nombres y su apellido; no es un error tipográfico) quienes han consagrado sus existencias a esperar oír la frase que el Sistema Solar les tiene reservada a los seres humanos, las circunstancias que bordean sus muertes, la posibilidad de encontrar un mundo diferente de este llamado El Hoyo con solo meterse un cable de internet bajo la lengua y estar borracho, la reconstrucción archivística de los papeles dejados por Dizze, y un vocabulario narrativo al cual los reseñistas aún luchan por acomodar entre el influjo de las laberínticas, cerebrales novelas de Macedonio Fernández, la literatura fantástica o las vanguardias europeas, componen esta extrañísima novela.

Sobra recomendarles a los lectores de *En Órbita* que se precipiten ahora mismo a las calles en busca de *Los electrocutados*. Como sucede con la alta poesía, quien no ha leído esta prosa arriesgada y muy pulida, simplemente se ha perdido de una experiencia, al mismo tiempo, abismal y lúcida.

El tercer libro de Zooley es, en cierto modo, conclusivo: alejado de las candlejas periodísticas, decide editarlo con *Los – Proyectos*, un sello editorial argentino, y ofrecerlo en internet a quien pueda interesar. Su título es Tom y Guinaldo y se adquiere aquí: <http://los-proyectos.com.ar/jp-zooley/tom-y-guinaldo/index.html>

Con respecto a este volumen basta decir que el tono misterioso, teórico y apocalíptico del autor no solo no mengua sino que se ha recrudecido.

Se halla en escasas ocasiones una literatura que plantee tantas perplejidades, tantas dudas de boca abierta y callejones sombríos a quienes leen por entretenimiento u oficio. Además de incógnito, o por eso mismo, J. P. Zooley es un autor difícil de roer. Exige dobles y hasta triples lecturas. Sus personajes y argumentos piden dedicación más que atención. Y esto es una excelente noticia en medio de la oferta abundante (casi grosera) de escritores empeñados en publicar sus cuitas amorosas o sus anécdotas de infancia; en medio también del descarado plagio a Roberto Bolaño y a Leila Guerriero que despliegan cientos de novelistas, de cronistas populares y digeribles, sin misericordia y sin carisma.

Los textos de Zooley a nadie tributan. Nada quieren vendernos. Solo desean que el lector se inmiscuya, decidido, comprometido, en ese mundo poroso e inextricable.

(Preludio de un) final

Antes de volver a los textos de ese fantasma llamado J. P. Zooley conviene decir que su recia actitud como escritor lo ha convertido en un personaje de Robert Louis Stevenson. En *Un capítulo sobre sueños*, el autor de *El extraño caso del doctor Jekyll* y el señor Hyde, lo describe a cabalidad:

"Sus sueños eran a veces comunes y corrientes, y otras muy extraños; a veces apenas tenían forma: le angustiaba, por ejemplo, algo tan vago como cierta tonalidad marrón, que no le molestaba ni lo más mínimo cuando estaba despierto, pero que temía y aborrecía mientras soñaba; y otras, tenían todo el detalle de las circunstancias, como una vez que pensó que tenía que tragarse el populoso mundo, y se despertó gritando de horror solo de pensarlo".

Se dijo: "antes de volver a los textos de ese fantasma..." Pero, a decir verdad, es imposible salir una vez se ha entrado en ellos.

Gracia que no permiten ni los pavorreales ni las campañas publicitarias editoriales. Solo la auténtica literatura.

En el siguiente enlace se puede encontrar más información acerca de *Los electrocutados*:

<http://www.alpha Decay.org/libro/los-electrocutados>

literatura **autores** **lectura** **libros**

3+1

Like 60